

da en las mentes se ha convertido, bajo el empuje de un poderoso Dios, en hermosísima diosa, en los ojos han iluminado muchas generaciones, en su sonrisa ha desvanecido muchos males. El trueno domina los cielos y la tierra.

IV.

JUPITER.

¿Lo oísteis?

LOS DIOSSES.

Lo hemos oído.

JUPITER.

¿Hubierais imaginado tantas blasfemias?

LOS DIOSSES.

Nunca las hubiéramos creído posibles.

JUPITER.

Y es un misero esclavo.

LOS DIOSSES.

¿Qué hacer?

JUPITER.

¿Y lo preguntais? Comenzar ahora mismo la guerra implacable.

LOS DIOSSES.

No le dejemos punto de reposo.

JUPITER.

Apercibe, Vulcano, aquellas cadenas con que á los titanes castigaste.

VULCANO.

Ya tengo eslabones, argollas, pesada maza, clavos que taladren sus manos, y las claven para siempre en las piedras. Lanzaréme pues, sobre el rebelde con la furia y la voracidad del tigre.

LOS DIOSSES.

Anda, anda.

ORIEL.

Compañeros, compañeros...

LOS ESCLAVOS.

¿Qué te sucede?

ORIEL.

¡Ay! ¡Ay! Me abraso.

LOS ESCLAVOS.

Nosotros te sostenemos. No temas.

ORIEL.

¿Veis flechas?

LOS ESCLAVOS.

No, no.

ORIEL.

Pues se me pegan á las carnes y se me beben toda la sangre.

LOS ESCLAVOS.

Vuelve en tí.

ORIEL.

La cabeza me arde como si fuera un volcan. Los ojos saltan de las órbitas y parece que en mil pedazos se quiebran. No puedo respirar. Un rio de hiel pasa por mis fauces; una columna de fuego por mi garganta. No puedo respirar. El corazon se estrella en las paredes de mi pecho. Suben de la tierra serpientes invisibles que se enroscan á mi cuerpo. ¡Qué horribles, qué espantosos dolores! ¿No veis qué encarnizadamente me persiguen?

LOS ESCLAVOS.

¿Dónde están, dónde, los enemigos que te persiguen? Queremos verlos.

ORIEL.

Yo no los veo. Yo los oigo en los giros del viento, en sus torbellinos como una sorda tempestad.

LOS ESCLAYOS.

¿Quién, quién combate tu trabajo? ¿Quién se opone á nuestra emancipacion?

VULCANO (*levantándose del seno de la tierra*).

Los dioses.

LOS ESCLAYOS (*retrocediendo*).

Los dioses... ¿Qué horror!

¿Qué podré contra ellos?

Nada.

¿Qué daño os hice?

De la frágil arcilla has querido amasar un

cuerpo, y de la celeste llama infundirle un alma, como intentó en otro-tiempo el Titan Prometheo.

ORIEL.

No; he padecido mucho, he trabajado mucho; mis lágrimas han ablandado la tierra, mi sudor ha caído como levadura de vida nueva sobre los campos. La única luz que he tenido para iluminar mi obra de redencion, ha sido la luz de mi pensamiento sacada de mi sér al choque de las cadenas. ¿Por qué los dioses, por qué se opondrán á esta victoria del trabajo?

VULCANO.

Y si el trabajo reina en la tierra; ¿de qué servimos nosotros?

ORIEL.

Pues si toda victoria de los humanos sobre la fatalidad y sobre la materia os ha de ser adversa, no sois nuestros protectores, sino nuestros enemigos.

VULCANO.

¿No hemos de ser vuestros enemigos cuando vosotros quereis ser nuestros rivales?

ORIEL.

Rivales, porque pulimos la tierra, porque la embellecemos, porque la empapamos en los etéreos resplandores que emanan del pensamiento.

VULCANO.

Insano orgullo, tú serás castigado. Sueño de plomo pesará sobre tus párpados y noche eterna sobre tu conciencia. A cada paso que des, se abrirá un volcan, que ya devore tu sangre en sus llamas, ya ruede tu cuerpo sobre el lecho de sus frias cenizas. Legiones de ciclopes serán abortadas por las piedras de los montes, y te perseguirán furiosos, forjando millares de cadenas para abrumar tu cuerpo y suprimir tus fuerzas. El huracan jugará con tu cabellera; el rayo azotará tu espalda; nubes de sulfuroso humo vomitadas por los cráteres te arrastrarán en sus entrañas; las ardientes cavas te servirán de lecho; las amargas olas henchidas por la tempestad remojarán tus labios y los carbones encendidos y el granito hirviendo será tu único alimento.

ORIEL.

¿Por qué tanta furia contra mí?

VULCANO.

Porque tú eres el trabajo, que quieres convertir la tierra en cielo, y los hombres en dioses.

ORIEL (*alzando los ojos y los brazos al cielo*).

Dioses del porvenir, Oriel os invoca. Vosotros que saldreis del trabajo de nuestros brazos, de la evaporacion de nuestras lágrimas, del espejismo de nuestro pensamiento; vosotros que sereis la condensacion de los vapores emanados de nuestra sangre hirviendo caída sobre la tierra; vosotros, dioses de los oprimidos, dioses de los esclavos, venid, y enseñad á estas divinidades orgullosas cómo los cielos se desgajan, cómo los templos se arruinan, cómo los altares se caen, cuando no los mantiene la fé; y cómo la fé se extingue cuando se encuentra, donde creia hallar una divinidad, una injusticia.

VULCANO.

¿Hasta los dioses dormidos en las entrañas de lo porvenir sublevas contra nosotros?

ORIEL.

Invoco la justicia.

VULCANO.

Cae, infeliz, cae bajo el peso de nuestra maldicion.

LOS ESCLAVOS.

Jamás. Nosotros le defendemos.

VULCANO.

Oid.

LOS ESCLAVOS (*dispersándose al estampido de un trueno*).

El rayo, el rayo nos persigue, y nos azota.

ORIEL.

Soy inocente. Solo he querido el bien de los hombres.

VULCANO.

El bien de los hombres no puede venir sino de nuestras benéficas y pródidas manos.

ORIEL.

¿No puedo yo coadyuvar á esta obra?

VULCANO.

Tú, tú, vil esclavo; tú, tú, jamás.

ORIEL.

La tierra me falta, me falta el aire. (*Cae.*)

ORIEL (*solo*).

Victima soy de la cólera divina. Mis brazos y mis piés pegados están con cadenas á la tierra. Mi cuerpo se abrasa todo entero sobre el cráter de este inmenso volcan. El viento que pasa quema las yerbas secas, y tiende en torno de mi pecho espesa nube de humo que me ahoga sin matarme. Bandadas de cuervos caen sobre mis amaratadas carnes. Cien veces se han comido mi corazon y mi higado. Cien veces han vuelto higado y corazon á renacer para pasto de sus infernales festines. El sol me ha parecido como una antorcha funeraria; las estrellas, como lágrimas

que surcaban por la faz de la naturaleza dolorida. El mar que se estrella al pié de esta roca, más compasivo que el corazón de los inmortales, me ha enviado sus lamentos en las tormentas; sus besos, en los vapores engendrados por el hervor de las amargas olas. Pero no han podido procurarme un consuelo. Los días suceden á las noches, las noches á los días, las estaciones á las estaciones, y para mí no hay alivio. Yo comprendo y abrazo en mi pensamiento, cielo, tierra, espacio, tiempo, pasado, porvenir, séres orgánicos, séres inorgánicos, naturaleza, espíritus, palabra, pensamiento, dioses y hombres. Veo que todos viven, que todos mueren, que se levantan todos del no sér al sér, que tienen sus amores, que cada cual en su esfera cumple, ó por necesidad ó por eleccion, su destino, y yo me consumo aquí más inerte que las calcinadas piedras sobre que estoy tendido, sin hallar compasion ni siquiera en el regazo de la muerte.

LOS DIOSSES.

Profano, has querido quitar su prestigio á los bosques sagrados de Dodona, cada una de cuyas hojas exhala misteriosos oráculos, y has querido

interrumpir las dulces melodías del dios Pan, seguido del coro de sus fáunos por las rientes campiñas de la Arcadia. Las nereidas que las ondas del mar de la Jonia y del mar de Corinto mecen, hubiéranse muerto, despues de haberse extinguido su cántico más dulce que las brisas. El sonoro Alfeo no hubiera repetido por sus márgenes sembradas de laureles ¡ay! las melodías de la lira de Hermes. ¿Qué hubiera sido del mundo griego sin el coro de ruseñores de Colonna en la tierra, y sin el coro de los dioses del monte Olimpo en el cielo? La linfa de los arroyos; las selvas de mirtos, las cimas violáceas y azuladas de las montañas cuando el sol ponente los etheriza y torna como aeriformes; el rielar de las estrellas y de la luna en los mares durante las tranquilas y serenas noches; todas estas bellezas del universo se extinguirían en cuanto se extinguieran los dioses. Auras cargadas de aromas; coros de divinidades invisibles; albas esculturas de Nemea; cigarras inmortales que cantais desde los olivos retratados por las tranquilas aguas del Pireo; mármoles de Egina, decid si esta religion helénica no ha dado á los hombres, como néctar incorruptible, el eterno sustento de lo divino.

ORIEL.

Pero, ¿creisteis que nunca habia de concluir vuestra severidad? ¿Creisteis que en el cielo de las creencias no habia de penetrar la duda? El hombre, meditando sobre sí mismo, llega á despojarse de unas ideas y á tomar otras ideas, como el árbol se despoja de sus hojas y las renueva con otras hojas. Las creencias son como tegidos que tienen por filamento las ideas. Cada alma se tege su creencia, como cada araña su tela, de la propia sustancia. Vosotros, que os creéis inmortales, nacisteis ayer del cántico de un poeta ciego. Tan- ta diferencia hay de vosotros en Oriente, dioses, á vosotros mismos en Grecia, como de la pobre larva al pintado y brillantísimo insecto, que lleva en sus alas todos los matices del iris. La naturaleza es una eterna produccion de formas que se van levantando en gerarquías inmortales á la divina perfeccion. Las almas han de producir otras eternas gerarquías de ideas con igual esfuerzo y en la misma trabajosa ascension á lo infinito. Si el trabajo os amedrenta, suprimid el pensamiento, suprimid la actividad, suprimid la aspiracion, suprimid la juventud, suprimid las continuas re-

novaciones de todos los séres en el oleaje de toda la vida.

LOS DIOSES.

¡Blasfemo!

ORIEL.

¿Cómo? ¿Habeis cohibido mis fuerzas físicas y me habeis dejado las fuerzas de mi pensamiento? ¿Habeis quitado el movimiento á mis manos y lo habeis consentido á mi lengua? La palabra que sale de mis labios siembra á los cuatro vientos miles y miles de ideas. Estas ideas poco á poco han de fundir mis cadenas y han de hacer que caigais ¡oh dioses! como cuerpos muertos é inertes á mis plantas.

LOS DIOSES.

¿No te crees todavía vencido?

ORIEL.

No. El trabajo es tan universal como la vida.

Donde quiera que hay actividad, ya sea de pensamiento, ya sea de accion, allí estoy yo.

LOS DIOSSES.

¿Te crees eterno?

ORIEL.

Si. Vosotros sois formas; yo soy esencia. Vosotros sois sombras, yo idea. Vosotros sois organismos que pueden desaparecer, yo soy espíritu, yo soy actividad, yo soy el trabajo, la creacion pasada, la creacion futura.

LOS DIOSSES.

Nos amenaza.

ORIEL.

No os amenazo yo.

LOS DIOSSES.

¿Quién nos amenaza con tu palabra?

ORIEL.

Os amenaza la razon.

LOS DIOSSES.

Nuevamente blasfemaste.

ORIEL.

Yo he visto los ejércitos griegos, coronados de guirnaldas, con sus lanzas dorias en una mano y sus escudos cincelados en la otra, desnudos como sus estátuas, jóvenes y bellos como su poesía, yendo, despues de haber escuchado sus oráculos, á escuchar sus oradores, para recibir la muerte en el fragor de la batalla, como se recibe el sueño en el cansancio de la orgía. Y cuando he visto que esos ejércitos han vencido á la inmóvil y poderosa Asia, al Asia de los imperios y de las castas, los he tomado por legiones más que de la pátria estrecha, de la voluntad libre, de la razon soberana. Y si la voluntad, y si la razon, han llegado á poseerse á sí mismas, ¿creeis que durante mucho tiempo van á encerrarse bajo el yugo de las mismas creencias? Todo se renovará, todo,

de abajo arriba. El espíritu tendrá una nueva primavera. Miriadas de flores contendrán miriadas de nuevos frutos. Otros dioses vendrán desde el cielo á la tierra, como otras ideas desde la conciencia á la vida.

LOS DIOSSES.

¿Y qué hará sin nosotros el mundo?

ORIEL.

Sonreír como sonreír ahora. Sobre las angustias de la conciencia continuarán los milagros de la vida. El alma entrará en la duda, pero el mundo no entrará en las tinieblas. Batallará el pensamiento, y el cielo estará azul y sereno. Caereis vosotros, y las ondas continuarán su movimiento, y las estrellas su curso, y florecerán los árboles al beso de la primavera, y nacerán nuevas generaciones al beso del amor, y el fondo del valle vestirá su manto de rojas adelfas, y la cima del monte su diadema de mármoles bruñida por el sol inextinguible de la madre Grecia, que dará como en eterna comunión sus ideas á todos los pueblos de la tierra. En estrellada noche, allá

por los mares de Sicilia, esmaltados con las estelas de tantas ideas que parecen por su brillo, por sus inmortales divinos resplandores, como la vía láctea en la inmensidad del firmamento, oirán los marinos una voz luctuosa resonando en los riscos del Cabo Myseno y diciendo que el dios Pan ha muerto; mas á pesar de esta melancólica elegía, las brisas cantarán, las golondrinas pasarán á bandadas de Norte á Mediodía y de Mediodía á Norte; las gotas de agua, al caer de los remos, parecerán gotas de luz; los bosques de plantas marinas abrigarán innumerables peces; y la naturaleza entera sonreirá con su olímpica sonrisa, recibiendo generaciones muertas y creando nuevas generaciones con la implacable serenidad de los dioses.

LOS DIOSSES.

¿Quién te dice eso?

ORIEL.

Mi esperanza.

LOS DIOSSES.

¿Dónde has recogido esa esperanza?

ORIEL.

En la soledad del desierto.

LOS DIOSSES.

¿Atormentado como ahora?

ORIEL.

Con mayores tormentos.

LOS DIOSSES.

¿Puede haberlos mayores?

ORIEL.

Sí. Ahora despedazais mi cuerpo, mas no podeis, no, despedazar mi alma.

LOS DIOSSES.

Indómita esperanza.

ORIEL.

Vosotros la alimentais.

LOS DIOSSES.

¿Con qué?

ORIEL.

Con vuestros oráculos y con vuestras sibilas.

LOS DIOSSES.

Mas pueden nuestros oráculos decir sentencias contra nosotros mismos?

ORIEL.

La revelacion del pensamiento es como la luz; ilumina á los mismos que la niegan y la desconocen.

LOS DIOSSES.

Pues nuestra lucha será eterna. Si crees, mortal, que vas con una idea sólida de tu cerebro á ocultar la cuna del Olimpo, á destruir los dioses inmortales, te engañas triste y miserablemente. La copa de nuestra ira se vaciará sobre

tus labios hasta que no quede una gota. Las tinieblas, los males, los dolores, las espinas, las dudas, la desesperacion, todo cuanto de horrible tenemos en nuestras manos, caerá como un diluvio sobre tu cuerpo herido y sobre tu alma desgarrada. Las lágrimas se helarán como granizo en tus mejillas, mientras la sangre hervirá en tus venas. Llevarás aguda corona de espinas sobre el corazon y sobre la frente. Tu sangre será lava hirviente. Tu única bebida la hiel que tus propios hígados segreguen. Y un dolor inmenso azotará todo tu cuerpo, desgarrará toda tu alma, y si quieres ser libre, morirá en tí, contigo, toda tu especie.

ORIEL.

Imposible. Vuestro poder no alcanza, ni á impedir la renovacion de la vida en la naturaleza, ni á detener en nosotros la perpetuidad de la especie, ni á extinguir en el cielo ó en la tierra esa llama viváz de la esperanza. El esfuerzo del trabajo y la esperanza del alma, derrocarán toda tirania. Yo, desde el abismo de mis males, desde el potro de mis tormentos, yo es lo juro, ¡oh dioses!

V.

JUPITER.

Se despluman las potentes alas de mi águila, se desvanecen las chispas de mi rayo. He gustado el néctar, y me ha sabido á hiel. He devorado un poco de ambrosía, y me ha sabido á ceniza. Algo se apaga en el cielo; algo se muere en la tierra.

MERCURIO.

Júpiter, los dioses se van.

JUPITER.

Ya los veo murmurarse disgustados al oído sus mútuas quejas.